



AMOR A JESUS. UNION A SUS SUFRIMIENTOS

MADRE MARIA EUGENIA (Marzo, 12-1876)

Mis queridas Hijas:

Os recomendaba al empezar la Cuaresma que meditaseis mucho la Pasión de N. S. J. C. Hoy quisiera exhortaros a conseguir, como fruto de esta meditación, un amor grande hacia la persona de Cristo.

Seguramente todas vosotras amáis a Cristo, pero hay diversos grados en ese amor; existe el deseo perseverante de progresar; hay la alegría grande de amarle más cada día, que es la gracia extraordinaria de la vida religiosa, y diré también que es la gracia particular del tiempo en que nosotras vivimos.

Vivimos en un tiempo de ansiedades, de incertidumbres. No sabemos con certeza lo que Dios dispondrá de nosotras; pero sí en toda persecución, en toda contradicción, en toda espera, más o menos dolorosa, encontráramos la Pasión de N. S. Jesucristo. Si recordáramos que todo esto puede adaptarse a la Agonía del Señor en el Huerto, que es una parte de su cáliz, creo yo que el amor nos haría fácil poner nuestros labios en ese cáliz, como los puso El. N. S. mide la prueba según la energía del alma y da de su cáliz a cada uno lo que puede beber y quiere aceptar. Si somos muy generosos es indudable que sacaremos más.

Bien sabéis lo que refiere el Evangelio cuando la madre de Santiago y de Juan se acerca a Jesús para pedirle que sus dos hijos se coloquen, en su reino, el uno a su derecha y el otro a su izquierda. Jesús les dice: “¿Podéis beber el cáliz que yo beberé?” “Lo podemos”, respondieron ellos. A esto Jesús les replicó: “Si, lo beberéis; pero el estar colocados a mi derecha o a mi izquierda es para aquellos a quienes mi Padre lo ha preparado.” Ya lo veis, a los Apóstoles Jesús les ponía esta condición, que es la prueba del amor: les ofrecía beber el cáliz de su Pasión. ¿A quién de nosotras Hijas mías, se lo ofrecerá El y en qué medida? Sólo Dios lo sabe. Pero si en la vida religiosa, en toda humillación, en todo sufrimiento, en todas las angustias y penas que nos esperan nos situamos en disposición de beber con ánimo ese cáliz de Jesucristo, nuestra vida se transformará.

Para esto no tenemos necesidad de pasar por las pruebas de la política ni por las de la calle; no, porque, ciertamente, cada una de nosotras encuentra en sí misma pruebas y humillaciones. Cuando nos conocemos y Dios permite que pasemos por ciertas disposiciones,

ciertas penas, eso nos humilla profundamente. Pues bien, ¿bebemos ese cáliz con amor? ¿Estamos contentas bebiendo en el cáliz de Cristo lo que quizá es, lo menos amargo, la humillación?

En el fondo, ¿Qué es la humillación? Una aflicción que solo se dirige al pensamiento, a la imaginación, a la voluntad. Cuando hemos sido humillados, después de la humillación nos quedamos como antes; no hemos pasado por las manos de los verdugos, ni hemos tenido sufrimientos intolerables. Y, sin embargo, ¡qué difícil es acercar los labios al cáliz de la humillación! Por eso quiso Cristo abrevarse sin medida en él.

Añadiré alguna cosa que es más difícil de aceptar: las angustias. Dios permite que tengamos angustias sobre el estado de nuestra alma, de nuestras disposiciones, sobre nuestra oración; también sobre las personas que nos rodean, en fin, angustias que ocasionan mil y mil cosas. Nuestro Señor no quiso absolutamente alejarlas de El; las sufrió en una proporción tan extraordinaria, que su divina sangre cayó hasta el suelo durante su agonía; y fijaos bien que no era el tiempo de los sufrimientos físicos, sino el tiempo de la angustia y de la angustia más excesiva.

Ciertamente, como dice San Bernardo, sería más fácil llevar la cruz pensando que el Esposo de la Iglesia, que es también nuestro divino Esposo, nos ayuda a llevarla “Ipsa auxiliante Ecclesiae Sponso”. Si en todo lo que nos sucede acostumbráramos a nuestra alma a decir: “estoy gozosa de saborear el Cáliz de Nuestro Señor”, o también, según el pensamiento de San Pablo a los hebreos: “Vamos, valor, pobre alma mía, todavía no has llegado hasta derramar sangre. ¿Por qué no quieres pasar esta noche dolorosa y oscura si antes pasó por ella Jesucristo? Estará junto a ti para actuar y combatir contigo. Ten el deseo de conocerle en su Pasión. Pídele su ayuda, que te sostenga, que te consuele, y lo hará con un amor que suavizará todas tus angustias”.

Tenemos en nuestras tristezas lo que N. S. no tuvo. Podemos todas recurrir a nuestro Salvador, Dios y hombre, que probó antes que nosotras el cáliz de la amargura. Jesús, en su Pasión, se limitó únicamente a las fuerzas de su Santa Humanidad, y Dios, su Padre, tuvo que enviarle desde el Cielo un ángel, para consolarle y fortalecerle.

En fin, Hijas mías, si no participamos de la Pasión de N.S. Jesucristo, sufriendo sus dolores exteriores; si no somos maltratadas ni perseguidas, tendremos, sin embargo, que pasar por sufrimientos y enfermedades. Cuando esas penas se presenten, solo encontrarán en nosotras lo que hayamos preparado en la meditación y la oración. No hay que suponer que empieza la santificación durante la enfermedad. Se demuestra entones -dice Santa Teresa- la virtud que se ha adquirido cuando se tenía salud. A trabajar, pues, y tratar de conseguir la paciencia por la unión a Cristo en sus sufrimientos. Tal vez Dios os enviará pruebas tan intensas que no podríais imaginar; pero sí estáis unidas a Nuestro Señor, vuestra paciencia lo desafiará todo, vuestra fortaleza todo lo vencerá.

Por esto os exhorto durante la Cuaresma a encontrar en la meditación de la Pasión de Jesucristo este amor ardiente que hace desear el sufrimiento con Cristo, que ansía ser víctima con Cristo, que quiere pasar por las humillaciones y las penas interiores si a Dios le place enviarlas. Este amor generoso que suprime toda contradicción, todas las inquietudes, todas las resistencias a los caminos que la Providencia divina tendrá sobre nosotros el resto de nuestra vida. Hagamos esto con un cierto impulso del corazón: es necesario para sostenernos, sin impedir que, desgraciadamente, alguna vez desfallezcamos.

San Pedro tuvo ese entusiasmo del corazón cuando dijo a Jesús: “Señor, yo moriré por Ti”. Y también, “Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la prisión y a la muerte”. Sin embargo, desfalleció una vez, pero enseguida ¡cómo aceptó la prisión y el sufrimiento! ¡Cómo pide, con una humildad admirable, ser crucificado con la cabeza hacia abajo: juzgándose indigno de sufrir el mismo suplicio que su Maestro!

No puede decirse que los ardores que llevan al alma a sufrir y a morir con Jesucristo sean inútiles. Pasa lo mismo con todos aquellos que salen del alma. Sentiremos entusiasmos maravillosos; después, caeremos por tierra y nos desanimaremos; pero, si nos conservamos ardientes, si sacamos de las caídas más confianza y más fervor, llegará un tiempo en que sabremos sufrir por Jesucristo y le demostraremos un verdadero amor.